

ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentía despierto, y un frío general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenía necesidad de sacudir aquel entorpecimiento y calentarme en el pensamiento; empero no tenía valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentía arrastrado mas rápidamente, oía un ruido mas fuerte y mas espantoso: levantaba mi pesada cabeza, me veía disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el río lleno de espuma venía á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocía que de minuto en minuto se entorpecían mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caído al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacían cuanto podían por sacarme de él; ayudé lo mejor que pude los esfuerzos de Francesco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo; despues me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribucion recibía la hospitalidad del gran duque de Baden.

#### KOENIGSFELDEN.

A la mañana siguiente marchamos al amanecer; mi noche había sido una larga pesadilla, en que la realidad se mezclaba con el sueño; me parecía que mi cama había conservado el movimiento del barco. Me sentía arrastrado por la catarata; mas en el instante de ser precipitado, no era á mí á quien amenazaba el peligro sino á sir Williams. Yo le había vuelto á ver cruzados los brazos y los ojos fijos en el cielo. El pobre joven había trastornado mi sueño. ¿Qué había sido de su cuerpo? ¿Lo haría rodar el Rhin hasta el Océano y le arrojaría este á las playas de Inglaterra que había abandonado tan desesperado y á las cuales volvía curado? Atravesé el puente que separa el gran ducado de Baden del canton

de Argovia; pero me detuve en medio para echar la última mirada sobre el Rhin: al través de la niebla que nos rodeaba descubrí á cierta distancia sus espumantes ondas, pareciéndome ver á cada instante, en la cúspide de aquellas ondas, levantarse el cuerpo del pobre Blundel: no podía apartarme de las orillas del río, me parecía que al dejarlas perdía mi última esperanza: en fin, fué necesario determinarme, eché mi última mirada, un último adios sobre la corriente del río y tomé el camino de Baden.

Durante una hora caminé en medio de la niebla; pero entre ocho ó nueve de la mañana, calentóse aquella fría y blanca boveda y se puso pálida por un ángulo: atravesaron algunos rayos del sol, la nube se desgarró en tiras, y se fué rozando el suelo, formando valles cuyas paredes parecían sólidas, y montañas de vapores á las que se hubiera creído subir; poco á poco se levantó aquella mar en nubes, subiendo suavemente y descubriendo primero las viñas, despues los árboles, luego las montañas, en fin, todas aquellas islas flotantes sobre la mar del cielo se confundieron en su azul, y concluyeron por mezclarse y perderse entre las límpidas olas del ether.

Entonces se desplegó delante de mí un risueño y gracioso camino, que rico de todos los caprichos de la naturaleza, trataba de distraerme de las emociones de la vispera; los prados con su frescura, los árboles con su murmullo, la montaña con sus cascadas, trataban de hacerme olvidar el crimen del río. Yo me volvía hácia él: el solo continuaba arrastrando una masa de vapores: solo él, como un tirano, trataba de ocultarse á la vista de Dios. No sé como me ocurrió una idea tan peregrina: no sé como tomó realidad en mi espíritu; pero el hecho es que anduve muchas leguas con esta preocupacion que toda mi razon no podía separar. Tal es el orgullo del hombre, pronto siempre á creer con sus instintivos y despóticos recuerdos del Eden, que es el soberano de la tierra, y que todos los objetos de la creacion son sus cortesanos.

Así llegué, al través de un delicioso país, á la ciudad de Baden. Aproveché el tiempo que me pidió el fondista para preparar mi comida y subí á un viejo castillo que domina la ciudad.

Es todavía una de aquellas grandes ruinas feudales dispersadas por la cólera del pueblo. Esta fortaleza llamada la Roca de Baden, quedó en manos de la casa de Austria hasta el año de 1445, época en que los confederados se apoderaron de ella y demoliéndola se vengaron del impenetrable asilo que por tanto tiempo ofrecieron sus muros á sus opresores, que allí resolvieron las campañas de Morgarten y de Sempach.

Desde la cima de aquellas ruinas, que tampoco ofrecen otro interés, se domina toda la ciudad situada á ambos lados del Limmat,

que con sus blancas casas y persianas verdes parece salir de las manos de los pintores y de los albañiles; en segundo término se ven colinas abovedadas que parecen el escabel de las neveras; en fin, en el horizonte se descubre una cordillera gigantesca, los desgarrados y nevados picos de los Alpes, desde la Yungfrau hasta el Glarnich.

Como nada curioso me detenía en Baden, y ya había permanecido bastante tiempo en Aix para satisfacer lo que podía inspirarme el misterio de las aguas termales, me contenté con echar un vistazo sobre las que hierven en medio del Limmat (su calor, que es de treinta y ocho grados, es debido, dicen al gipso) cubiertas de capas de piedras calcáreas que forman el Legesberg, á través del que se filtran. Doy esta opinion por lo que valga, apresurándome, sin embargo, á declinar su responsabilidad.

Lo que ademas me atraía como un iman era el deseo de visitar el sitio donde había sido asesinado el emperador Alberto, y que los descendientes de sus enemigos han llamado Koenigsfelden ó Campo del rey. Este campo, situado, como hemos dicho, sobre las riberas del Reuss se estiende hasta Windisch, la antigua Windonisa de los romanos, fundada por Germánico cuando sus campañas sobre el Rhin: la antigua ciudad de la que hoy no quedan mas ruinas que las que están ocultas en la tierra, cubria todo el espacio desde Hausen hasta Gebistorf, y se hallaba así á caballo montada sobre el Reuss en la confluencia del Aar y del Limmat.

Quince dias antes de mi llegada un labrador había roto con su arado un antiguo sepulcro, y encontrado en él los restos de un casco, de un escudo, y de una de aquellas espadas de cobre que solo los españoles sabían templar en el Ebro, y á las cuales daban corte superior al del hierro y al acero.

En el mismo sitio en donde espiró el emperador Alberto levantó su hija Inés de Hungría el convento de Koenigsfelden. En donde se ha colocado el altar estaba la encina contra la cual se apoyaba el emperador cuando su sobrino Juan de Snavia le atravesó la garganta de una lanzada. Inés hizo arrancar de raíz el arbol todo teñido aun con la sangre de su padre, é hizo hacer de él un cofre en el cual encerró los vestidos de luto que juró llevar todo el resto de su vida.

En derredor del coro están los retratos de veinte y siete caballeros arrodillados y orando, y son los nobles que murieron en la batalla de Sempach. Entre aquellos frescos hay un busto, y este busto es el del duque Leopoldo que quiso morir con ellos. Aquel coro que recibe la luz por once ventanas y cuyos vidrios de colores son maravillas de fines del siglo XV, está separado de la iglesia por una verja, y se pasa de esta á aquel para hallarse al pie mismo del sepulcro del emperador Alberto: es de

forma cuadrada y rodéalo una balastrada de madera pintada, y en las cuatro columnas de los ángulos están suspendidas las armas de los miembros de la familia imperial que reposan al lado de su gefe.

Ademas del emperador Alberto que perdió aquí la vida, dice la inscripción de la Lalastrada, aquella piedra cubre el cuerpo de su muger Isabel, nacida en Keintnd; de su hija Inés, que fué reina de Hungría; en seguida tambien el del duque Leopoldo que fué muerto en Sempach.

En torno de aquellos cadáveres imperiales yacen los restos del duque Leopoldo el viejo, y de su muger Catalina de Saboya, de su hija Catalina de Hasburgo, del duque de Lassen, del duque Enrique y de su muger Isabel de Vernburgo, los del duque Federico hijo del emperador Federico de Roma y de su esposa Isabel, duquesa de Lorena.

En derredor de estos y bajo las losas con blasones que los cubren, descansan sesenta caballeros de casco coronado, muertos en la batalla de Sempach; y por último en las capillas inmediatas, y formando un cuadro digno de aquel osario, están sepultados siete condes de Hasburgo y dos de Griffenstein á la derecha; y á la izquierda cuatro condes de Lauffemburgo y cinco de Reinach y de Brandis.

Resulta que si Dios permitiese que el emperador Alberto, se levantase de su tumba, y despertase á la corte mortuoria que le rodea, se hallaría seguramente el rey mas noble y mas bien acompañado de cuantos reyes ahora llevan el cetro y la corona.

En el momento que mis pies hollaban todas aquellas cenizas feudales, el hombre que me acompañaba vió que se acercaba la hora de visperas, y aunque nadie debía venir, tocó la campana, que es la misma que regaló al convento la princesa Inés. Le pregunté si se iba á celebrar algun oficio divino.—No: me respondió, tocó á visperas para los muertos; dejémoslos en su iglesia. Salimos.

Aquel hombre toca así tres veces al dia; la primera á la hora de la misa, la segunda á visperas, la tercera á las oraciones.

De allí pasamos al convento de Santa Clara, en donde se ve el cuarto en que entró á vivir Inés á los veinte y siete años de edad, con el corazón lleno de fuego y de venganza para no salir si no despues de haber orado medio siglo, y, segun dijo ella misma, purificada de toda mancha, para unirse con su padre á los ochenta y cuatro años de su vida.

Sobre la pared y fuera de la puerta de aquel cuarto, está pintado y en pie el retrato del loco de la reina, que se llamaba Henrik, y era del canton de Uri. Aquel retrato era sin duda una alusion de las alegrías, de los placeres y vanidades del mundo que al entrar Inés en su retiro dejaba fuera de su celda.

Aquella celda estuvo siempre desnuda,

triste y austera como la del mas severo cenobita, en tanto que la habitó la hija de Alberto.

En un gabinetito al pie mismo de la cama, está todavía el toscó cofre hecho de la encina, en el cual guardaba sus vestidos la religiosa huérfana. En ciertas partes se conserva aun la corteza de la madera, y son los pedazos que estaban manchados de sangre. Despues de su muerte habitó la misma celda Cecilia de Reinach, que habiendo perdido á su marido y á sus hermanos en la batalla de Sempach, pidió asilo al convento y consuelo á Dios. Ella fué la que hizo pintar en la celda de que hablamos, los veinte y siete caballeros de que son copia los frescos de la capilla de que hemos hecho mencion.

El dia adelantaba; eran ya las tres de la tarde, y como habia visto cuanto curioso hay en Koenigsfelden, volvi á subir al carruaje que habia tomado en Baden, pues queria llegar á Aarau aquella misma noche. Sin embargo, y á pesar de lo rápido que me proponia caminar, me paré al cabo de una hora á la falda del Wulpesberg; en su cima se halla el castillo de Habsburgo, y no queria pasar tan cerca de la cuna de los modernos Césares sin visitarla.

Este castillo está colocado sobre una montaña larga y estrecha y queda aun una torre entera bastante bien conservada, aunque data del siglo XI, gracias á su arquitectura cuadrada y maciza. Una de las salas, cuyas paredes el tiempo y el humo han ennegrecido, ofrece aun algunos restos de esculturas. En el flanco de la torre, hay pegado un edificio irregular, habitado por unos pastores que han hecho un establo de la sala de armas del gran Rodolfo. Por un antiguo instinto de debilidad y un viejo hábito de obediencia, se han agrupado algunas cabañas alrededor de aquellas ruinas que fueron la mansion del primogénito de la casa de Austria.

Un nombre y algunas piedras cubiertas de yerbas, es cuanto queda del castillo y de las propiedades de aquel cuya descendencia ha reinado quinientos años, y no se ha estinguído sino con Maria Teresa.

El hombre que habita aquellas ruinas y que se ha constituido en el cicerone de ellas, me hizo ver desde una de las ventanas orientales un riachuelo que corre en el valle y sobre el que se refiere una tradicion bastante curiosa. Un dia que Rodolfo de Habsburgo volvia de Mellingen, caballero en un magnífico caballo, descubrió sobre sus orillas un sacerdote llevando el Viático: las lluvias habian hecho crecer el torrente, el santo varon no sabia cómo pasarlo. Acababa de resolverse á descalzarse para vadearlo cuando llegó el conde: se apeó del caballo, hincó una rodilla en el suelo para recibir la bendición del hombre de Dios: despues que la hubo recibido ofreció su caballo al sacerdote; lo aceptó, pasó montado el rio, el conde le siguió á pie hasta el lecho

del moribundo, y asistió á la santa ceremonia. Administrado el Viático salió el sacerdote y quiso devolver el caballo que le habia prestado al conde Rodolfo, pero el religioso caballero se negó á ello, y como insistiese el sacerdote:

—No quiera Dios, padre mio, le dijo, que sea tan orgulloso que me atreva á servirme nunca mas de un caballo que ha llevado á mi Criador. Guardadlo, pues, padre mio, como prenda de mi devocion á vuestra santa orden. De hoy mas pertenece á vuestra iglesia.

Diez años mas tarde el pobre sacerdote era capellan del arzobispo de Maguncia y el conde Rodolfo candidato al imperio. Acordóse el sacerdote de que su señor se habia humillado ante él y quiso devolverle los honores que de él habia recibido. Su empleo le daba un grande ascendiente sobre el arzobispo: este lo tenia sobre los electores. Rodolfo de Habsburgo obtuvo la mayoría de votos, y fué elegido emperador de Roma.

A fines del siglo XV los confederados vinieron á poner sitio al castillo de Habsburgo. El gobernador era un austriaco que se defendió hasta el último estremo. Los suizos le habian ofrecido muchas veces una honrosa capitulacion, pero la habia rehusado constantemente, hasta que estrechado por el hambre envió un parlamentario. Era demasiado tarde; sabiendo sus enemigos la necesidad á que se hallaba reducida la guarnicion, no admitieron proposicion alguna, y exigieron de los sitiados que se rindiesen á discrecion: entonces la muger del gobernador pidió que la dejasen salir en libertad con lo que tenia de mas precioso, se le otorgó este permiso, abriéronse las puertas y salió llevando acuestas á su esposo. Los suizos, esclavos de su palabra, la dejaron pasar; pero apenas habia dejado en tierra al que su piadoso ardid habia salvado, la dió de puñaladas porque no se dijese que un caballero habia debido la vida á una muger.

A pesar de cuantas preguntas hice á mi cicerone, no pude obtener que me contase otra tercera leyenda. Por consiguiente, viendo que su erudicion se habia agotado, volvi á subir á mi carruaje; al anochecer y al cabo de un cuarto de hora pasaba por los baños de Schznach y llegaba á Aarau á tiempo bastante aun para hacerme llevar á su mejor fábrica de cuchillería.

Mucho me habian elogiado este producto de la capital de la Argovia, y vista su reputacion tenia escrúpulo de pasar por medio de una industria tan célebre, sin llevarme una muestra. Asi, aunque mi bolsillo empezaba á estar flaco y no debia recibir dinero hasta Lausana, resolví hacer un sacrificio, convencido de que no volveria á encontrar jamás una ocasion semejante. Compré, pues, por diez francos, un par de navajas encerradas en su estuche, y contento con mi compra, me marché inmediatamente á la posada para probarlas.

Al repasarlas por el cuero para afeitarme, observé que el cuero en la punta tenia una marca, me alegré porque así podria designar su fábrica á cuantos amigos fuesen como yo á Suiza y quisiesen aprovechar la ocasion de comprar navajas en Aaran. Ved aqui las señas.

#### A LA FLOTA.

FRANCISCO BERNARD.

Fabricante de Navajas.

Calle de San Denis, número 74.

EN PARÍS.

Estas son las mejores navajas que he encontrado jamás.

#### LA ISLA DE SAN PEDRO.

La humillacion que senti por haber hecho un viage de mil doscientas leguas para comprar en Aarau navajas de la calle de San Dionisio, hizo que á la mañana siguiente, en cuanto almorcé, saliese de la posada de la Cigüeña, en donde habia parado, y continuase mi viage por Olten, hermoso pueblo del canton de Soleura, situado á orillas del Aar, cuyos habitantes levantarón en otro tiempo un monumento á Tiberio Claudio Nerón, *quod viam per Jurassi valles duxit*. Como no existe hoy huecilla alguna de aquella antigua via romana, no me paré mas que el tiempo necesario para dar un respiro á mi caballo, y llegué á Soleura á las tres de la tarde: me quedaba justamente el tiempo preciso para ir á ver ponerse el sol sobre el Weissenstein.

Lo que sobre todo me determinó á esta excursion fué, que al contrario de las montañas de los Alpes, el Weissenstein, que pertenece al Jura, ha llegado á un grado de civilizacion que debe sin duda á su recindad con la Francia. Para llegar á su cima mas elevada, no hay mas que meterse en una buena carretela, decir marchen, y pagar despues veinte francos, es decir, más barato aun que si se hace el camino á pie y tomando un guia.

Este modo de viajar me convenia mas, pues me iban faltando las fuerzas, y sentia disminuirse mi simpatía por las montañas. Habia subido á tantas, que tenia un caos en la cabeza.

Como no habia tenido tiempo para comer en Soleura, pedí á mi huéspeda, la señora

Brunet, que me preparase una buena comida. Pidióme una hora para hacer una obra maestra gastronómica, asegurándome que si queria aprovechar el tiempo podia subir entretanto á la punta del Rothiffue. Temblé todo al creer que me habian rolando abominablemente, que la montaña á que habia subido era una decepcion, y que temia que trépar, con mis propias piernas, á otra montaña; pero volviendo la cabeza y por entre las puertas de la cocina un horizonte tan igual y magnífico que me serené un poco. Pregunté entonces que veria mas sobre el Rothiffue que desde el Weissenstein, me contestaron que los valles del Jura, una parte de la Suiza Septentrional, la Selva Negra, y algunas montañas de los Vosgos y de la Costa de Oro; respondi que cuatro meses hacia que habia visto tantos valles, bosques y montañas que me figuraba lo que podian ser y que me contentaba con el panoramá de Weissenstein. En cambio pregunté si seria posible preparar un baño: madama Brunet me respondió que era la cosa mas fácil del mundo, y que no tenia mas que decir si lo queria de agua ó de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me hallaba, fácil se adivina que esta última proposicion escitaria mis deseos: desgraciadamente un baño de leche era una voluptuosidad de emperador, que solo podia permitirse á un banquero. Recordé las medidas de leche que cuestan en París quince sueldos, y calculé que para bañar mi cuerpo en tal liquido, se necesitarian mil doscientos ó mil quinientas al menos, que á quince sueldos cada una, no era floja soma. Metí la mano en el bolsillo de mi chaleco y conté una tras otra entre mi pulgar y mi índice, las últimas cinco monedas de oro que me quedaban para llegar á Lausana, y convencido de que no me bastaban, pedí modestamente un baño de agua.

—Haceis mal, me dijo Mad. Brunet, porque el baño de leche no es casi mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entonces miedo que á la altura en que se encontraba el baño solo de agua, mi situacion pecuniaria no me lo permitiese.

—¿Cómo! dije yo vivamente: ¿y cuánta es la diferencia?

—El baño de agua cuesta cinco francos, y el de leche diez.

—¿Cómo! ¿diez francos? exclamé: ¿diez francos por un baño de leche!

—Mirad, caballero, contestó la posadera engañada por mi intencion, en estos momentos son un poco caros, porque las vacas están preñadas; pero en el mes de agosto y de septiembre no cuestan más que seis.

—Pero Mad. de Brunet, ¿yo no me quejo de su precio! hacedme calentar uno de leche, y pronto.

—¿El caballero quiere tomarlo en su cuarto?

—¿Se puede tambien tomar en el cuarto?

—Como gustéis.

—¿Al comer?

—Sin duda.

—¿Cerca de la ventana?

—Divinamente.

—¿Mirando la puesta del sol?

—Perfectamente.

—¡Y la comida será apetitosa con todo esto! Mad. Brunet, vuestra posada es un paraíso. —Caballero, yo tomo pensionistas y hago una rebaja sobre el precio, cuando están quince días.

Desgraciadamente no me era posible aprovechar la económica oferta que me hacía madama Brunet; y me contenté con encargarla la actividad y me subí á mi cuarto. Como no había mas viajeros que yo, me dieron el mas grande y cómodo, y aunque familiarizado con las mas hermosas vistas de la Suiza, quedé admirado delante de las que veía.

Figuraos un semicírculo de ochenta leguas, terminando á la derecha en la gran cadena de los Alpes, y á la izquierda en un horizonte inmensurable en el cual se encierran tres rios, siete lagos, doce ciudades, cuarenta pueblos y ciento cincuenta y seis montañas, todo esto visto entre vacilaciones de una puesta de sol de otoño, en un baño y por adherente una mesa cubierta de succulentos manjares, se tendrá una idea del panorama de Veinssenstein, visto en el mejor estado posible. En cuanto á mí me pareció magnífico.

Sin embargo, yo no me atrevo á describirlo porque es tal mi respeto por la exactitud y la verdad, que temo la influencia de la comida y del baño.

Dormía yo lo mejor del mundo, cuando entró Francesco en mi cuarto á avisarme, pensando que habiendo yo visto ya la puesta del sol debía ver su salida para hacer la comparación. Como ya me había despertado, pensé que lo mejor era conformarme con su parecer.

Pero yo había tomado en la posada de madama Brunet las costumbres de un sibarita, de manera, que en vez de levantarme, hice arrastrar mi cama hasta la ventana, y no tuve mas trabajo que el de abrir los ojos para gozar del mismo espectáculo que tantas penas y fatigas me había costado en el Faulhoim y en el Righi. A pesar de mi negligencia, el sol no se hizo aguardar y salió con su regularidad y magnificencia ordinarias, haciendo brillar como volcanes aquella cadena inmensa de neveras que se estiende desde el Montellano hasta el Tírol.

Seguí todos los accidentes de luz en su vuelta como había seguido todas las variaciones en su partida, y cuando aquella maravillosa linterna mágica comenzó á fatigarme por su misma sublimidad, hice cerrar mi ventana, correr las cortinas, volverme la cama á su sitio y cerrando los ojos, me torné á dormir como bajo la impresion de un sueño.

Después de una demostracion tan espresiva, nadie osó entrar en mi cuarto; me desper-

té lentamente al medio dia; había dormido diez y seis horas menos los cuarenta minutos que empleé mirando la salida del sol.

No tenía tiempo que perder, si quería ver á Soleura con alguna detencion. Al instante hice enganchar, y al cabo de hora y media me apeaba á la puerta de la ciudad.

Tiene la forma de un cuadrado perfecto y la mas bien fortificada de toda la Suiza: hay una torre antigua que los habitantes creen romana, y que me parece del siglo VII ó VIII. Al principio estaba sola como lo indica su nombre SOLOTHURN, pero poco á poco se agruparon casas en su derredor, y protegidas por ella, formaron una ciudad que tiene de notable el contarle todo por onceas: tiene once calles, once fuentes, once iglesias, once canónigos, once capellanes, once campanas, once bombas, once compañías de milicia y once consejeros municipales.

Soleura posee el arsenal mejor organizado de toda la Suiza: la primera sala contiene un parque de artillería de treinta y seis cañones, y hay en ella tres columnas cargadas de trofeos: en la primera columna se ven los despojos de Morat, hay una bandera del duque de Borgoña y un estandarte de los caballeros de San Jorge; la segunda es una memoria de la batalla de Dornach, que se reconoce por las dobles cabezas de las águilas austriacas: en la tercera se conservan dos banderas cogidas en la batalla de Santiago al rey de Francia Luis XI.

La segunda sala es de los fusiles, y cuando yo la visité contenía seiscientos perfectamente conservados y preparados para distribuirse en caso de necesidad.

La tercera sala es de las armaduras: dos mil armaduras completas de los siglos XV, XVI y XVII esparcidas sin orden ni armonía. En medio del arsenal hay una mesa oval, á su alrededor hay trece guerreros que figuran los trece cantones.

Los suizos para revestir á los maniques que los representan han escogido trece armaduras colosales que parecen haber pertenecido á una raza de titanes. Esto me recordó á Alejandro que hizo enterrar con su nombre y la olimpiada de su reinado, bocados de caballo de un tamaño extraordinario á fin de que la posteridad midiese la talla de sus guerreros por el de las monturas.

Al salir del arsenal nos fuimos al cementerio Schozcoil que encierra el sepulcro de Kosciusko. Es un monumento en forma de cuadrilongo, y lleva este epitafio.

VISCERA  
THADEI KOSCIUSKO.  
DEPOSITA DIE XVII OCTOBRI.  
M-DCCC-XVIII.

Como la ciudad no tiene mas curiosidades, y yo podía hacer mi camino de noche,

gracias al sueño que eché en Weinsstein, mandé enganchar el carruaje y llegué á Bienne á la una de la mañana. Mientras Francesco llamaba á la puerta de la fonda de la Cruz Blanca examinaba yo á la luz de la luna una hermosa fuente que hay en la plaza: en ella se ve un grupo, que data al parecer del siglo VI y representa el ángel de la Guarda llevando en sus brazos á un corderito que Satanás quiere quitarle. La alegoría del alma entre el buen principio y el malo está tan bien representada que sería difícil buscar otra.

En 1826 se hizo una escavacion junto á aquella fuente para hacer un estanque y se halló una gran cantidad de medallas romanas, de las cuales parte fué llevada á las casas consistoriales, y parte desapareció con otras muchas monedas francesas que se encontraron. El fondista fué quien me dió estos detalles en mi idioma materno, quien ya empezaba á fastidiarme, pues en Bienne todo el mundo habla en francés cuando en Soleura hay apenas diez personas que lo entiendan.

El dia siguiente por la mañana estaban ya prevenidos mis barqueros en la punta que se avanza entre Nidau y Vingel. Desde el mismo lugar en donde nos embarcábamos se ve todo el panorama del pequeño lago de Bienne, uno de los mas hermosos de la Suiza, célebre entre los viajeros modernos, por la mansion que hizo en su isla de San Pedro el célebre Rousseau. Vese de lejos esta isleta, que se presenta como la de los Cipreses en Ermenonville, con la sola diferencia de que en Ermenonville los cipreses son mas grandes que la isla, y en San Pedro la isla es un poco mas grande que los cipreses. Por lo demas, para mayor precaucion, está rodeada de un malecon de piedra, á fin de que una corriente del lago no se la lleve á la orilla, como la casa flotante de Latona.

Impelidos por el viento nordeste volábamos en nuestro barquichuelo, mirando en el cristal de las aguas la cadena del Jura cubierta de pinos en sus cumbres, de encinas y hayas al acercarse á sus faldas, y llenas de viñas entre las cuales se ven algunas casas. Al Mediodia se estendía una cadena de colinitas sin nombre, detrás de las cuales se ocultan Berna y Morat, y encima de las cuales miran como gigantes los nevados picos de los grandes Alpes: en fin, hácia Poniente, descansa la umbrosa y pequeña isla de San Pedro, silenciosa y tranquila, detrás de la cual se halla la villa de Cerlier construida á manera de anfiteatro, cuyas casas parecen encaramarse por la cuesta de Jolibon, para ir á sentarse en su esplanada.

Pocos años pasan sin que el lago de Bienne se hiele, y esta circunstancia ha dado lugar á una costumbre cuyo origen no he podido saber.

El cobrador de la isla de San Pedro, que pertenece al hospital de Berna, entrega un ce-

lemin de nueces al primero que pasa sobre el hielo de la orilla á la isla. Ordinariamente es un habitante de Glaris, el que gana el premio; pero raro es el año en que no hay que lamentar la muerte de algun temerario que, queriendo pasar antes de tiempo, no le sufre la capa del hielo demasiado endeble todavía, y se sumerge para no parecer hasta que el lago se deshuela: y esto por un celemin de nueces, que vale ocho batz, y ocho batz viene á ser poco mas de un franco, ó cuatro reales.

Llegamos á la isla de San Pedro despues de una hora de habernos embarcado; atravesamos un espeso bosque de encinas, dejamos á la izquierda un pequeño pabellon y entramos en la posada en donde está el cuarto de Rousseau, que mas por especulacion que por veneracion se conserva en el mismo estado que cuando él lo habitaba.

Es un aposento cuadrado, que recibe su luz por una ventana que da sobre el lago, desde la cual alcanza la vista hasta los Alpes. Tiene trece sillas de paja, dos mesas, una cómoda, una cama de madera igual á la de las mesas y de las sillas, un pupitre pintado de blanco y una estufa, que forma todo el mueblage. Tiene ademas una abertura por la cual se baja á las habitaciones inferiores por medio de una escala de madera, y en caso de necesidad puede servir de escalera escusada.

En cuanto á las paredes están llenas de nombres de admiradores de *El Contrato Social*, de *El Emilio*, y de *La nueva Eloisa*, que acuden allí de todas partes del mundo. Es una hermosa coleccion de firmas á las cuales no falta mas que una y es la de Rousseau.

## UN ZORRO Y UN LEON.

Como basta una media hora para visitar en todos sus detalles la isla de Bienne y yo había tomado mis barqueros por todo un dia, me hice llevar, por medida de economia, hasta Cerlier á donde llegamos al medio dia: nos pusimos inmediatamente en camino para Neuchâtel, que descubrimos al cabo de tres horas de marcha saliendo de Saint-Blaise (San Blas).

La villa mirada por aquel lado, ofrece un punto de vista bastante pintoresco, que debe al viejo castillo construido hace unos trece ó

catorce siglos, de el cual ha tomado el nombre de Castillo Nuevo una especie de lengua de tierra que se adelanta en el lago, llena de fábricas y de los jardines que rodean las casas, dando á cada una de ellas el aspecto de una quinta. Una sola cosa perjudica al carácter del

paísage, y es el color amarillento de las piedras con que están construidas las paredes y que da á la villa la apariencia de un inmenso juguete, modelado sobre manteca.

Entramos en Neuchatel, por una puerta de barricadas: data de la revolucion de 1831. Esta revolucion, dirigida por un hombre de gran valor llamado Bourquen, habia tenido por objeto sustraer la ciudad al principado de la Prusia; y reunirla enteramente á la Confederacion suiza.

Verdad es que la posicion de Neuchatel, es una de las mas estrañas, dependiente á la vez de una república y de una monarquia; enviando dos diputados á la dieta helvética, pagando una contribucion á Federico Guillermo; teniendo su nobleza y su pueblo que dependen de ella y que son realistas, y su gobierno popular, y sus paisanos que no dependen mas que de sí mismos y que son republicanos.

En el momento que llegué á Neuchatel se ventilaba todavia el proceso de la propiedad: los neuchatelés ignorando lo que eran esperaban de dia en dia la decision que habia de convertirlos en suizos ó en prusianos: entretanto los odios fermentaban, y la guarnicion del castillo, del cual habian los insurgentes destrozado la corona y las patas al águila que habia sobre la puerta, y que llevaba en su pecho el escudo federativo, no osaba bajar á la poblacion, y por la tarde se cantaban en alta voz por las calles canciones sediciosas. Estas canciones eran una verdadera provocacion á las armas. El momento era poco favorable para recoger las leyendas ó tradiciones; todos los recuerdos habian venido á fundirse en el de la revolucion; y los únicos héroes de Neuchatel eran en aquella época algunas pobres gentes, prisioneros en Prusia, cuyos nombres localmente célebres, no habian salido de las murallas de la ciudad por la cual se habian comprometido. Asi es que, solo permaneci una noche en Neuchatel; ademas al otro extremo del lago me esperaba Grandson con sus héroes, recuerdos de los siglos XIV y XV.

Hemos contado ya anteriormente como Othon de Grandson, cuyo mausoleo se conserva en la iglesia de Lausana, fué muerto en el palenque de Bourg-en-Brusse, por Gerardo de Estavayer; que le hirió y cortó en seguida vivo todavia ambas manos, segun las condiciones del combate; al presente nos falta contar como el noble duque Carlos de Borgoña fué vergonzosamente batido y destrozado por los buenos habitantes de los cantones.

Se debatía en Francia á fines del siglo XV una grande cuestion; la de la monarquia y del feudalismo; ciertamente examinando desde luego los campeones que representaban los dos principios, el éxito parecia poco dudoso y los profetas superficiales hubiesen creído poder vaticinar anticipadamente de qué parte estaria la victoria. El hombre de la monarquia

era un anciano llevando encorvada la cabeza mas por el cansancio que por la edad, habiendo un fuerte castillo situado lejos de su capital, no teniendo en derredor de sí mas que una pequeña guardia de arqueros escoceses, un barbero á quien habia hecho su ministro, un gran preboste á quien habia hecho su ejecutor, y dos criados á quienes habia hecho sus verdugos. Tenia todavia cerca de sí, quimicos, y médicos italianos y españoles que pasaban su vida en laboratorios subterráneos. Allí preparaban brevajes estraños y desconocidos; de tiempo en tiempo eran llamados por el rey que encontraban arrodillado delante de la imagen de algun santo ó de alguna virgen. El rey y el quimico hablaban en voz baja al pie del altar, de cosas religiosas y santas sin duda, porque su plática era interrumpida frecuentemente por las señales de cruz, oraciones y votos: poco tiempo despues de esta misteriosa conferencia, se oía decir que algun principe rebelde al rey que se aprestaba á hacer á la Francia una cruda guerra, habia muerto súbitamente en el momento en que reunia á sus soldados: ó que alguna viuda de un gran baron cuyo embarazo si era bendecido por Dios, debia perpetuar la raza y poderio de una gran casa feudal, habia parido antes de tiempo un niño muerto. Inmediatamente el rey, para quien todo caminaba así en prosperidad, emprendia una peregrinacion en accion de gracias, ora al monte San Miguel, ora á la cruz de San Laud, ora á Nuestra Señora de Embrun; y se le veía entonces salir de su guarida cubierta su cabeza con un gorro de fieltro guarnecido de imágenes de plomo, vestido con gaban de paño raído, envuelto en una capa vieja forrada de pieles y armado solamente de una corta y ligera espada; parecia al último de sus vasallos, y el pueblo le llamaba el zorro de Plessis-les-Tours.

El hombre del feudalismo, al contrario, era un capitan en la fuerza de la edad, llevando la cabeza altiva y arrogante cubierta con un casco coronado; morando en magníficos palacios ó suntuosas tiendas, rodeado siempre de principes y duques, recibiendo cual un emperador á los enviados de Aragon y de Bretaña, los embajadores de Venecia y el nuncio del papa; administrando alta y públicamente justicia ó venganza, é hiriendo en pleno dia con el hacha ó el puñal. Su preocupacion era resucitar en provecho propio el antiguo reino de Borgoña, que llamaba la corte dorada. Tenia en propiedad el Macónes, el Charolés y el Auxerés; contaba forzar al rey Renato á abdicar en su favor el ducado de Anjou y de Arlés; habia conquistado la Lorena, poseía en prenda el país de Ferrete y una parte de la Alsacia; habia comprado por trescientos mil florines el ducado de Geldres, codiciaba el ducado de Luxemburgo; tenia preparados y espuestos en la iglesia de San Maximiano el cetro y la corona, el manto y la

bandera; el que debia consagrarle estaba elegido, y era Jorge de Baden obispo de Metz. El emperador Federico III le habia dado palabra de nombrarle su vicario general, y él en cambio le habia prometido á su hija Maria para Maximiliano su hijo. En fin, estendia sus brazos para tocar con una mano el Océano y con la otra el Mediterráneo, y todas las veces que se mostraba á sus futuros súbditos y recorria su venidero reino, era en un caballo de batalla, cuya montura habia costado el valor de un reino, ó bajo un palio de oro, humildemente llevado por cuatro señores; y entonces los pueblos que le miraban pasar con tanta magnificencia pensaban temblando en su fuerza, en su cólera y poderio; y abrian paso diciendo: ¡desgraciadas de nuestras ciudades! ¡desgraciados de nosotros! porque viene el leon de Borgoña.

Aquellos dos hombres que se encontraban cara á cara uno de otro, preparados á luchar, eran Luis el Astuto, y Carlos el Temerario.

Ved cuál era la posicion del rey de Francia.

Acababa de firmar un tratado con el duque de Bretaña, aliado incierto en cuya amistad no se mantenía sino á fuerza de oro y de promesas; acababa de renovar las treguas con el rey de Aragon; habia hecho asesinar al conde de Armagnac, que trataba de introducir á los ingleses en Francia, hecho abortar á la condesa que estaba en cinta, y apoderándose del condado. Habia envenenado al duque de Guena y reunido su ducado á la corona; habia puesto en juicio al duque de Alençon y confiscado sus señorios; habia hecho ajusticiar al condestable de Saint-Pol y abolido su empleo; habia hecho sitiar al duque de Nemours en Carlat; en fin, acababa de casar á su hija Juana con Luis, duque de Orleans, y su hija Ana con Pedro de Borbon, señor de Beaujeu. En aquel momento, es decir, á fines del año 1473, se ocupaba en reconciliar al archiduque Sigismundo con los suizos, habia hecho á ofrecer al uno el dinero necesario para volver á comprar su ducado, y prometiendo á los otros que los tomaría á sueldo. Envia una embajada al rey Renato para reproducir las antiguas pretensiones que tenia á título de acreedor y de heredero por su madre sobre los señorios y dominios de la casa de Anjou, y los nuevos derechos que madama Margarita, reina de Inglaterra á quiea acababa de libertar por la paz de Pecquigni, habia añadido aun por la cesion entera que habia otorgado de todas sus herencias en la sucesion del rey Renato. Luego aplacadas todas las turbulencias hacia Occidente y Medio dia, y tendidas todas sus redes por Oriente y Norte, pretestó como siempre una peregrinacion, escogió el santuario de Nuestra Señora del Puy en Velay, célebre por una imagen de la Virgen esculpida en madera de sethin por el profeta Jeremias, y el 19 de febrero de

1476, salió de Plessis-les-Tours con esta santa intencion; pero habiendo recibido noticias estraordinarias se detuvo en Lion.

La araña se hallaba en el centro de su tela. Ved ahora cual era la posicion del duque de Borgoña.

Acababa de concluir un tratado de alianza con el emperador, se habia apoderado de Lorena; habia hecho su entrada en Nancy llevando á su derecha al duque de Tarento, hijo del rey de Nápoles, á su izquierda al duque de Cleves, y en su comitiva al conde Antonio gran bastardo de Borgoña, á los condes de Nassau, de Marle, de Chimay y de Campo Basso. Contaba entre sus generales á Jaime, conde de Romont, tio del jóven duque reinante en Saboya, y entre sus aliados á Luis, obispo de Ginebra; habia contraido alianza con el duque de Milan, á cuyo hijo habia prometido su hija, ofrecida ya en matrimonio al duque de Calabria y al archiduque Maximiliano. Acababa de obtener del rey Renato la palabra de nombrarle su heredero; en fin, disponiendo del país de Ferrete, que le habia cedido en prenda el duque Sigismundo, habia enviado de gobernador allí á Pedro de Hagenbach, hombre de gran valor en la guerra; pero violento, lujurioso y cruel; por lo demás cortesano de la ambicion del duque y uno de sus decididos y mas fieles amigos. Todo le parecia, pues, preparado maravillosamente para hacer la guerra al rey de Francia, cuando las mismas noticias que habian detenido á Luis en Lion detuvieron á Carlos en Nancy.

Como hemos dicho, Pedro de Hagenbach habia sido enviado de gobernador al país de Ferrete. Habia entrado insolentemente, seguido de su ejército y precedido de ochenta hombres de armas, llevando sus libreas blancas y grises, con dardos bordados de plata, y estas dos palabras. *Yo paso.* Una de las principales condiciones del empeño del país de Ferrete era la de conservar ileso á los habitantes las libertades de los pueblos: la primera cosa que hizo este gobernador en desprecio de este convenio, fué imponer una contribucion por cada jarro de vino que se bebiese. Prohibió la caza á los nobles, prerrogativa inenagenable, pues que eran libres poseedores de sus haciendas. Dió bailes en que sus soldados se apoderaron de los maridos, y rasgaron los vestidos de las mugeres hasta que estuvieron desnudas; robó de las casas paternas las jóvenes que no eran núbiles todavia; forzó los conventos y entregó á sus soldados como botin de guerra á las esposas del Señor. Se habia apoderado del castillo de Ortemburgo y de todo el valle de Viller que pertenecía á los strasburgeses. Habia hecho correrías por los principados de los señores de Alsacia, de las orillas del Rhin, y en los obispados de los prelados de Spira y de Basilea; habia apresado y exigido rescate al burgo-maestre de Schaffhausen; habia plantado el es-

tandarte de Borgoña en el señorío de Schneckelberg que pertenecía á los habitantes de Berna, y cuando estos habian reclamado contra aquella violacion de los pactos, respondió, que sino callaban iria á Berna á desollar sus osos, para forrar con sus pieles sus vestidos; en fin, uno de los tenientes, el señor de Haendorf, habia hecho prisionero un convoy de mercaderes suizos que iban con sus telas á la feria de Francfort, y los habia conducido al castillo de Schutern.

Tan graves y tan tempestuosos insultos no podian durar: los habitantes de Tharn reclamaron contra el impuesto y enviaron una embajada de treinta ciudadanos al gobernador. El gobernador los mandó prender por los soldados, y dió orden de cortarles la cabeza. Cuatro habian sufrido ya este suplicio, cuando en el momento en que el verdugo levantaba la espada sobre el quinto, su muger dió tales gritos, que conmovió vivamente á los espectadores; estos se arrojaron sobre el cadalso, mataron al verdugo con su propia espada, y pusieron en libertad á los veinte y seis ciudadanos que quedaban por ejecutar.

Por su parte los habitantes de Strasburgo habian sabido que un convoy de mercaderes que iban á su ciudad habia sido apresado en su territorio, y saqueado, y los mercaderes llevados al castillo de Schutern: esto aumentó el rencor que les causaba la toma de Ortemburgo y de Val-de-Viller, esta última violacion redobló de todo punto su furor. Reuniéronse y se armaron cayendo de improviso sobre la fortaleza de que Hagembach habia hecho una prision, libraron á los mercaderes suizos, y los condujeron en triunfo, despues de haber arrasado el castillo del Guesler borgoñés.

En medio de aquella efervescencia y de aquellos recientes odios, sucedió que Pedro de Hagembach olvidó pagar á un capitán que tenia á su sueldo con doscientos hombres de su nacion. Este, que se llamaba Federico Woegelin, oficial de sastré en su principio, hombre de poca estatura y débil apariencia, subió á la casa del gobernador para reclamar lo que se debía á él y á sus gentes. Hagembach al escuchar aquella provocacion á la sedicion, se precipitó en la calle con espada en mano, para matar al insolente que osara resistirle. El capitán bajó á la calle tambien, y mandó al tambor tocar á rebato. Los soldados alemanes presentaron al gobernador sus largas picas, los ciudadanos se armaron con hachas y hoces y las mugeres con chuzos y horquillas: Hagembach abandonado de los pocos soldados que le habian seguido, se refugió dentro de una casa. Woegelin le persiguió, le hizo prisionero y le puso en manos del burgomaestre. El mismo dia los lombardos y flamencos que componian la guarnicion, viendo que el gobernador estaba preso y que la sedicion era general, faltándoles gefes para defenderse entraron en tratos y pidieron retirarse salvando

sus vidas. Esta demanda fué concedida. En seguida los habitantes de Strasburgo volvieron á tomar otra vez posesion del castillo de Ortemburgo y de Val-de-Viller.

El duque Sigismundo, sabedor de estas noticias, aceptó el dinero que en nombre del rey de Francia le ofrecian los pueblos de Strasburgo y de Basilea; hizo intimar al duque Carlos que tenia aquel reembolso á su disposicion, y sin aguardar contestacion envió á Herman de Eptingen con doscientos caballos á tomar posesion de sus dominios. El nuevo landvogt fué recibido con júbilo, y todo el país volvió en seguida al dominio de su antiguo señor. Todos estos acontecimientos se verificaron hácia la paséa, de modo, que los habitantes celebraron en una sola fiesta la libertad de su país y la Resurreccion de Nuestro Señor.

Entretanto la primera causa de todo aquel desorden, Pedro de Hagembach, habia sido trasladado de la casa del burgomaestre á una torre. Apenas fué conocida esta prision, se alzó de todos los pueblos un grito universal, demandando justicia á una voz. El archiduque la prometió, y para que fuese bien arreglada, decidió que se reuniesen en Briach, donde debia instruirse el proceso, jueces graves y prudentes enviados de Strasburgo, de Colmar y de Schlestadt, de Friburgo, de Basilea, de Berna y de Soleura, y que á estos jueces que representaban la clase popular, se agregasen diez y seis caballeros para representar la nobleza.

La noticia de este juicio cundió; y los pueblos que hemos nombrado enviaron no solo dos jueces para juzgar sino una parte de su poblacion para presenciarlo. Desde su calabozo, situado bajo las bóvedas de la puerta, el prisionero les oia pasar y preguntaba quiénes eran aquellos hombres. El carcelero respondia que eran gentes mal vestidas, de alta estatura y aspecto poderoso, montados en caballos de orejas cortas, y á estas palabras exclamaba Hagembach: ¡Dios mio, son los suizos que he maltratado tanto! ¡Dios mio, tened compasion de mi!

El dia 4 de mayo fueron á buscarle, para darle tormento: lo sufrió como hombre fuerte y valiente que era; sin decir otra cosa sino que habia hecho cumplir las ordenes que habia recibido, y que su solo juez, su soberano, era el duque Carlos de Borgoña, y no reconocia otro.

Terminado el tormento, el acusado fué llevado á la sala en que sus jueces se hallaban sentados con el acusador y el abogado; fué preguntado por los jueces y respondió como lo habia hecho á sus atormentadores: entonces el acusador se levantó y pidió su muerte. El abogado respondió defendiendo su vida. Oidos el interrogatorio, la acusacion y la defensa, se lo llevaron de nuevo, y los jueces permanecieron doce horas en deliberacion. En fin á las siete de la tarde los jueces le mandaron

llamar, y en la plaza pública, en medio de un auditorio de treinta mil personas, bajo la bóveda del cielo y á la vista de Dios, el tribunal pronunció la sentencia que condenaba á Pedro de Hagembach á la pena de muerte.

El condenado oyó su sentencia con rostro impasible, y la única gracia que demandó, fué que le cortáran la cabeza. Presentáronse entonces ocho ejecutores, porque las ciudades no solo habian enviado espectadores y jueces sino tambien verdugos. El tribunal no tuvo que hacer mas que elegir. Fué el preferido el verdugo de Colmar, como mas diestro.

Entonces se levantaron á su vez los diez y seis caballeros, y el mas anciano é intachable de todos pidió en nombre y por el honor de la orden, que monseñor Pedro de Hagembach, fuese degradado de su dignidad y de sus honores.

Inmediatamente Gaspar Heuter, heraldo del imperio, se adelantó hasta la barandilla del tribunal y gritó:

«Pedro de Hagembach, me pesa en gran manera que hayais empleado mal vuestra vida mortal, de modo que os es preciso, por el honor de la orden, que perdais hoy la dignidad de caballero, porque vuestro deber era hacer justicia, porque habiais jurado amparar á la viuda y al huérfano, porque os habiais comprometido á respetar á las mugeres y doncellas y honrar á los santos sacerdotes, y todo al contrario, con dolor de Dios y para perdicion de vuestra alma, habeis cometido todos los crímenes que debiais impedir ó al menos castigar. Habiendo asi faltado á la noble orden de la caballeria y á los juramentos hechos, los señores aquí presentes me han encargado quitaros vuestras insignias; pero no viéndoolas en este momento, me contentaré con proclamaros indigno caballero de San Jorge, en cuyo nombre recibisteis el abrazo, y fuisteis honrado con la espada.»

Despues de un momento de silencio, Hermann de Eptinge, gobernador por el archiduque, se acercó á su vez al reo, y le dijo:

«En virtud de la sentencia que acaba de degradarte de la caballeria, te arranco tu collar, tu cadena de oro, tu anillo, tu puñal y tu guante, te rompo las espuelas y te abofeteo en el rostro como á un infame.» A estas palabras le dió un bofetón, y volviéndose al tribunal y al auditorio: «Caballeros, continuó, y vosotros todos los que deseais serlo, guardad en vuestra memoria este público castigo, que os sirva de ejemplo, y vivid noble y valientemente en el temor de Dios, en la dignidad de la caballeria y en el honor de vuestro nombre.»

Volvióse entonces Hermann á su tío: se levantó Tomas Schutz, preboste de Einsisheim y dirigiéndose al verdugo:

—Ese hombre, le dijo, es vuestro, haced de él justicia.

Dichas estas palabras, montaron á caba-

llo los jueces y los caballeros, y el pueblo les siguió. A la cabeza de toda aquella escolta caminaba á pie y entre dos sacerdotes Pedro de Hagembach. Se dirigía á la muerte como soldado y como cristiano, con rostro sosegado y corazón piadoso. Llegado al sitio donde debia verificarse la ejecucion (este sitio era una gran pradera á las puertas de la ciudad) subió con firme paso al cadalso, hizo señal al verdugo de que aguardase que se hubiese colocado bien para ver, despues levantó la voz y dijo: «Lo que me duele no es, no, mi cuerpo que va á morir, ni mi sangre que va á correr; lo que siento son las desgracias que causará mi muerte, porque conozco á monseñor de Borgoña y no dejaré este dia sin venganza. En cuanto á vosotros, de quien he sido gobernador durante cuatro años, olvidad lo que he podido hacerlos padecer por falta de prudencia ó por malicia, acordaos únicamente que era hombre, y encomendadme á Dios...»

Entonces besó el crucifijo que le presentó el sacerdote, y tendió al verdugo su cabeza que cayó de un solo golpe.

Hecha esta ejecucion, el archiduque Sigismundo, el margrave de Baden, las ciudades de Strasburgo, de Colmar, de Haguenann, de Schelestadt, de Milhausen y de Baden entraron en negociaciones con las ligas suizas y reuniéndose contra el comun peligro firmaron una alianza por diez años.

Despues los señores del imperio, atravesando como aliados aquella Suiza, de quien habian sido ciento cincuenta años enemigos, cabalgaron hasta Zurich, se embarcaron en el lago, y en medio del inmenso concurso que acudia de las ciudades y bajaba de las montañas, fueron piadosamente á cumplir sus devociones á Ensielden al convento de Nuestra Señora de las Ermitas.

Estas fueron las noticias que supieron el duque de Borgoña en Nancy, y el rey Luis en Lion; fueron llevadas al primero por Estéban de Hagembach, que iba á demandarle venganza por su hermano, y al segundo por Nicolás de Diezbach, que iba á pedirle socorro en nombre de las ligas.

#### TOMA DEL CASTILLO DE GRANDSON.

El rey de Francia se apresuró á concluir un tratado con los suizos comprometiéndose á darles socorro y ayuda en sus guerras contra el duque de Borgoña y á hacerles pagar en su ciudad de Lion veinte mil libras al año; ellos